



*Corre por pura diversión, porque puede, cubriendo con cada zancada una distancia de más de tres metros. Abre la boca para saborear el aire, frío, cortante. El mes toca a su fin y la luna encinta pinta el cielo nocturno de color plata, iluminando las áreas nevadas del bosque. Aún no es luna llena, no es habitual que el lobo sea liberado antes de ese momento, pero su otra mitad no tiene motivo para mantenerlo encerrado. Está solo, pero libre, y por eso corre.*

*Encuentra un rastro y se desvía de su camino, se detiene y pega el hocico al suelo. Una presa, cálida y joven. Hay muchas allí. El olor prende el aire invernal. Se dispone a acecharla, respira con las fosas nasales dilatadas en busca del más leve movimiento. Su estómago vacío lo incita a seguir. El olor le hace la boca agua.*

*El lobo está acostumbrado a cazar solo. Debe tener cuidado, no correr riesgos. Sus plantas almohadilladas apenas si rozan el suelo, listas para echar a correr en una u otra dirección, sin producir sonido alguno en el terreno del bosque. El olor (a almizcle, a pelaje cálido) se torna más fuerte y penetra en su cerebro. Todos sus sentidos se enardecen. Cerca, más cerca, arrastrándose con la cautela del cazador...*

*El conejo sale de su escondite, un tronco podrido cubierto de matas. El lobo está listo; sin ver ni oír al animal sabe que está allí, sus sentidos de cazador se agudizan ante su presencia. Cuando el conejo echa a correr, el lobo se abalanza sobre él, lo apresa y lo inmoviliza en el suelo con sus zarpas y su cuerpo, le clava sus dientes en el cuello y lo desgarrar con sus fauces. El conejo no tiene tiempo de emitir ningún sonido. El lobo bebe la sangre que mana de su cuello roto y desgarrado, devora su carne antes de que la sangre se enfríe. La vida y la calidez*

*de la presa embriagan su estómago, elevan su alma, y se detiene un instante para aullar victorioso...*

Me estremecí como si hubiera estado soñando que me caía y me hubiera despertado de repente. Respiraba con dificultad, pues una parte de mí seguía en el sueño, seguía cayendo, y tuve que decirme a mí misma que estaba a salvo, que no iba a golpearme contra el suelo. Cerré las manos en un acto reflejo, pero no agarré sábanas ni almohadas, sino un puñado de hojas muertas del pasado otoño.

Me incorporé despacio, me rasqué la cabeza y desenredé con los dedos mi enmarañado cabello rubio. Sentí la aspereza de la tierra bajo mi cuerpo. No estaba en mi cama, no estaba en la casa en la que llevaba viviendo los dos últimos meses. Yacía en un agujero excavado en la tierra, cubierto de detrito del bosque, protegido por los pinos que se inclinaban sobre él. Más allá de mi refugio, la nieve cubría algunas zonas ensombrecidas. El aire era frío y cortante. Mi respiración se convertía en vaho.

Estaba desnuda y podía notar el sabor de la sangre en el esmalte de mis dientes.

Mierda, lo había hecho otra vez.

Muchísima gente sueña con que su foto aparezca en la portada de una revista de tirada nacional. Es uno de los símbolos de la fama, de la fortuna o, como mínimo, de esos quince minutos de notoriedad. Muchas de esas personas consiguen tener su foto en la portada de una revista de tirada nacional. La cuestión es: ¿apareces en la portada de una revista de moda, en papel satinado, con el vestido de un diseñador y un aspecto fabuloso, o sales en la portada del *Time*, desaliñada, despeinada y asustada, con un titular que reza «¿Es este el rostro de un monstruo?» y «¿Corremos peligro?»?

Adivinad cuál me tocó a mí.

La casa que había alquilado (más bien era una cabaña, una casita de veraneo de dos habitaciones conectada con la civilización por un camino de tierra y la televisión por satélite) estaba tan alejada de la ciudad y la carretera que ni me molesté en vestirme para el camino de vuelta a casa. Tampoco habría podido; se me había olvidado esconder algo de

ropa. ¿Por qué iba a hacerlo, cuando mi intención inicial no había sido transformarme y salir corriendo? No me quedaba otra que regresar desnuda.

Caminar con la piel al descubierto hacía que me sintiera bien, el aire gélido me ponía la carne de gallina. Era como estar más limpia, ser más libre. No tenía de qué preocuparme. No seguí ninguna pista, ninguna ruta para senderistas atravesaba aquel bosque. Nadie me vería en aquella sección remota del bosque nacional de San Isabel, enclavado en las montañas, en el sur de Colorado.

Eso era exactamente lo que buscaba.

Quería escapar de todo. El inconveniente era que, al alejarme de todo, me resultaba más difícil aferrarme al mundo. No tenía demasiados motivos para permanecer en mi cuerpo humano. Si me hubiera preocupado que alguien pudiera descubrirme desnuda, probablemente no me habría transformado. Las noches de luna llena no son el único momento en el que los licántropos podemos cambiar de forma, sino siempre que lo deseemos. Había oído hablar de hombres lobo que se transformaban en lobo, corrían al bosque y jamás regresaban. No quería que eso me ocurriera a mí. Solía pensar que no quería que eso me ocurriera a mí.

Sin embargo, cada vez me resultaba más espantosamente sencillo transformarme y correr por el bosque, hubiera luna llena o no.

Se suponía que estaba escribiendo un libro. Con todo lo que me había ocurrido en los dos últimos años (comenzar mi propio programa radiofónico, desvelar mi licantropía en las ondas y que algunas personas me creyeran, prestar declaración ante un comité del Senado, atraer mucha más atención de la que hubiera querido, independientemente de que tendría que haberlo visto venir...) tenía material suficiente para un libro, o eso suponía. Unas memorias o algo parecido. Una importante editorial lo consideraba también así y me había ofrecido una cantidad de dinero que me permitía dejar de hacer el programa por un tiempo y ponerme a escribirlo. Era la celebridad del momento y todos queríamos sacar beneficios de mi fama mientras durara. Agotar la tirada de mi libro... ¡sonaba tan bien!

Preparé cerca de una docena de entregas de *Kitty a medianoche* con los mejores momentos para que pudieran emitir sin mí el programa y que, de esta manera, prosiguiera mientras yo me tomaba un respiro.

Mantendríamos despierto así el interés de la gente, mi nombre continuaría en boca de todos y quizá hasta conseguiría nuevos oyentes. Quería hacer como en *Walden*, escapar de la sociedad para reflexionar mejor. Escapar de las presiones de la vida, liberarme para contemplar cuestiones filosóficas más profundas que esperaba se me plantearan mientras redactaba mi genial obra maestra.

El problema era que, si bien se puede escapar de la sociedad y aprender a ser independiente, como Thoreau propugnaba, y huir de las complicaciones de la vida moderna, no se puede escapar de uno mismo, de las dudas, de la propia conciencia.

Ni siquiera sabía cómo empezar a escribir un libro. Tenía algunas hojas con notas garabateadas y ni una sola página terminada. Todo parecía tan irreal sobre el papel. No, en serio, ¿por dónde empezar? ¿«Nací...» y seguir luego con veinte años de una vida totalmente carente de interés? ¿O empezar con el ataque que me convirtió en licántropo? Esa noche había sido demasiado complicada y me parecía una manera un tanto abrupta de empezar una historia que en última instancia quería que fuera optimista. ¿Comenzaba por las sesiones del Senado? ¿Entonces cómo explicaba todo el lío que me había llevado allí?

Así que me quitaba la ropa, me transformaba en lobo y echaba a correr por el bosque para evitar esas preguntas. Por mucho que luchara por aferrarme a mi humanidad, aquello era más sencillo.

La ciudad más cercana a mi cabaña era Walsenburg, a unos cincuenta kilómetros de distancia, y denominarla «ciudad» era mucho decir. Aquel lugar había dejado de crecer en la década de los sesenta. La calle principal era la carretera estatal que lo atravesaba, justo antes de que se uniera a la interestatal. Los edificios que la flanqueaban eran estructuras de ladrillo de épocas anteriores. La mayoría seguía conservando los letreros originales: negocios familiares, ferreterías, bares y demás. Muchos de ellos estaban cerrados, infranqueables tras listones de madera. Un monumento situado justo enfrente del juzgado comarcal recordaba a los mineros de carbón que se habían establecido en la región. Al sudoeste se cernían los Picos Españoles, dos montañas idénticas que se elevaban a más de dos mil metros sobre la llanura. A su alrededor, vastas extensiones de bosques agrestes y solitarios.

A la tarde siguiente conduje hasta allí para reunirme con mi abogado, Ben O'Farrell, en una cafetería pegada a la carretera. Walsenburg era lo máximo a lo que estaba dispuesto a adentrarse en las profundidades del sur de Colorado.

Vi su coche aparcado en la calle y aparqué el mío detrás. Ben había escogido una mesa junto a la puerta. Ya estaba comiendo, una hamburguesa y un plato de patatas, no era muy ceremonioso que digamos.

—Hola. —Me senté frente a él.

Cogió algo que tenía a su lado y a continuación lo dejó caer sobre la mesa de formica: una montaña de cartas dirigidas a mí pero enviadas a su dirección. Intentaba delegar en él ese tipo de cosas siempre que me era posible. Me gustaba tener un filtro. Formaba parte de mi escapada a lo Walden. La correspondencia incluía algunas revistas, sobres sin ninguna característica distintiva, solicitudes de tarjetas de crédito. Comencé a echarles un vistazo.

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú? —dije en tono irónico.

Ben tenía treinta y pocos años, aunque estaba un poco curtido. Siempre daba la sensación de no haberse afeitado ese día y llevaba su pelo castaño claro perpetuamente alborotado. Vestía un traje gris, pero no se había abrochado el cuello de la camisa y tampoco llevaba corbata.

Vi que apretaba los dientes tras esa sonrisa.

—He conducido hasta aquí. No esperarás que también sea agradable.

—Ni se me había pasado por la cabeza.

Pedí una hamburguesa y un refresco a la camarera mientras Ben colocaba su maletín sobre la mesa y sacaba varios montones de papeles. Necesitaba mi firma en aproximadamente un millón de sitios distintos. Lo bueno era que aquellos documentos decían que yo era la beneficiaria de varios y generosos arreglos extrajudiciales relativos al fiasco en que se había convertido mi viaje a Washington D. C. el pasado otoño. ¿Quién me iba a decir que ser secuestrada y exhibida en directo por la televisión podía resultar tan lucrativo? También tenía que firmar mi declaración respecto a un par de procesos penales. *Oh, sí.*

—Te llevas un veinte por ciento —dije—. Deberías estar radiante de felicidad.

—Todavía intento decidir si representar al licántropo más famoso del mundo merece la pena. Recibo unas llamadas de lo más extrañas, ¿lo sabías?

—¿Por qué crees que le doy a la gente tu número de teléfono y no el mío?

Cogió los papeles, les echó un vistazo, los colocó y volvió a guardarlos en el maletín.

—Tienes suerte de que sea tan majo.

—Mi héroe. —Apoyé la barbilla en mis manos y le hice ojitos. Su bufido de risa me indicó lo en serio que se lo había tomado. Y eso ensanchó mi sonrisa.

—Otra cosa más —dijo mientras seguía metiendo los papeles en el maletín, evitando mirarme—. Ha llamado tu editor. Quiere saber cómo va el libro.

Técnicamente, tenía un contrato. Técnicamente, tenía una fecha tope. No debería preocuparme por cosas así si estaba intentando reafirmar mi independencia regresando a la vida en la naturaleza.

—Estoy en ello —murmuré.

Se cruzó de brazos.

—¿Vas por la mitad? ¿Una cuarta parte quizá?

Me quedé mirando a un punto fijo de la pared más alejada y no abrí la boca.

—Dime que al menos lo has empezado.

Contuve un suspiro.

—Estoy pensando en cómo hacerlo, de verdad.

—¿Sabes? Sería perfectamente razonable que alguien en tu situación contratara a un negro. O que buscara al menos a un coautor. Es muy corriente.

—No. Me licencié en filología inglesa. Debería ser capaz de enlazar un par de frases.

—Kitty...

Cerré los ojos e hice oídos sordos. No estaba diciéndome nada que no supiera ya.

—Me pondré con ello. Quiero hacerlo. Escribiré algo que los deje satisfechos.

Apretó los labios en un gesto que no era ni mucho menos una sonrisa.

—De acuerdo.

Me erguí e hice como si no hubiéramos estado hablando del libro que no estaba escribiendo.

—¿Has hecho algo con mi plagiadora?

Levantó la vista de la comida y se me quedó mirando.

—No existen fundamentos legales para interponer una demanda. Ni ha infringido los derechos de autor, ni de marca, nada.

—¡Vamos, me ha robado el programa!

La plagiadora. Se hacía llamar a sí misma «Ariel, sacerdotisa de la noche» y hacía unos tres meses había comenzado un programa radiofónico sobre lo sobrenatural. Como el mío. Bueno, como el que yo hacía antes.

—Tomó prestada la idea —dijo Ben con calma—. Eso es todo. Pasa continuamente. ¿Te has fijado en cuando un canal por cable emite una serie médica de éxito y a la siguiente temporada los demás canales sacan otra serie sobre médicos porque creen que eso es lo que todo el mundo quiere? No se puede demandar por algo así. Iba a ocurrir tarde o temprano.

—Pero es que es horrible. Su programa. ¡Es un montón de basura sensacionalista!

—Entonces hazlo mejor que ella —dijo—. Vuelve a la radio. Véncela en los índices de audiencia. Es lo único que puedes hacer.

—No puedo. Necesito tiempo. —Me desplomé contra el respaldo.

Ben removió distraídamente el ketchup de su plato con una patata.

—Desde aquí da la sensación de que estás abandonando.

Aparté la vista. Me había estado comparando con Thoreau porque él hacía que huir al bosque pareciera algo noble. Pero seguía siendo una huida igualmente.

Ben prosiguió:

—Cuanto más tiempo pases aquí, más parecerá que la gente de Washington que intentó hacerte caer se ha salido con la suya.

—Tienes razón —admití con un hilo de voz—. Sé que tienes razón. Es solo que no se me ocurre nada que decir.

—¿Entonces qué te hace pensar que puedes escribir un libro?

Ben ya había tenido razón suficientes veces por ese día. No respondí y él tampoco siguió insistiendo.

Me dejó pagar la cuenta. Salimos juntos a la calle.

—¿Vuelves directamente a Denver? —pregunté.

—No. Voy a Farmington para reunirme con Cormac. Quiere que le ayude con un trabajo.

Un trabajo, con Cormac. Eso significaba un trabajo desagradable. Cazaba hombres lobo (solo aquellos que causaban problemas, me había

asegurado) y algún que otro vampiro también. Simplemente porque podía hacerlo.

Farmington, Nuevo México, estaba a más de cuatrocientos kilómetros al sudoeste de allí.

—¿Así que por mí apenas llegas a Walsenburg, pero por Cormac eres capaz de irte hasta Farmington?

—Cormac es familia —dijo.

Seguía sin conocer aquella historia en su totalidad y a menudo me preguntaba cómo había acabado relacionándome con ellos dos. Conocí a Ben cuando Cormac me lo recomendó. ¿Y qué hacía yo siguiendo el consejo legal de un cazador de hombres lobo? No podía quejarme; los dos me habían sacado de más de un problema. A Ben no parecía suponerle ningún conflicto moral tener a una licántropo y a un cazador de licántropos como clientes. Pero, claro, ¿acaso los abogados podían tener conflictos morales?

—Ten cuidado —le pedí.

—No te preocupes —dijo Ben con una sonrisa—. Yo solo conduzco el coche y consigo que fijen una fianza para sacarlo de prisión. Es a él a quien le gusta vivir peligrosamente.

Abrió la puerta de su sedán azul oscuro, tiró el maletín al asiento del copiloto y entró. Se despidió con la mano, encendió el motor y se dirigió a la carretera.

De vuelta a mi cabaña, me detuve en una localidad todavía más pequeña: Clay; población, trescientas veinte personas; elevación, dos mil doscientos cincuenta metros. En ella había una gasolinera con una tienda de conveniencia, una pensión, una tienda con artículos de caza, una iglesia de piedra del siglo pasado... y eso era todo. El súper, la «Tienda de Clay», vendía las mejores galletas caseras con trozos de chocolate a ese lado de la divisoria continental. No podía resistirme a ellas.

Las campanillas que colgaban del pomo de la puerta sonaron cuando entré. El hombre que estaba junto a la caja registradora alzó la vista, frunció el ceño y metió la mano bajo el mostrador. Sacó un rifle. No articuló palabra, solo me apuntó.

Sí, la gente de allí me conocía. Gracias a internet y a los canales de noticias, no podía ser alguien anónimo, ni siquiera en medio de la nada.

Levanté las manos y entré en la tienda.

—Hola, Joe. Solo quería leche y galletas. Las compro y sigo mi camino.



—¿Kitty? ¿Eres tú? —El rostro de una mujer apareció tras una hilera de estanterías llenas de latas de aceite de motor y rasquetas para el hielo. Tenía más o menos la edad de Joe, cincuenta y pocos años, su pelo canoso recogido en una cola de caballo que le bailaba cada vez que se movía. Mientras el hombre seguía con su ceño fruncido, ella sonrió al verme.

—Hola, Alice —dije con una sonrisa.

—Joe, baja eso, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

—No puedo correr riesgos —dijo.

Hice caso omiso de él. Hay batallas que no pueden ganarse. La primera vez, cuando entré en la tienda y me reconoció como «esa mujer lobo de la tele», me había sentido orgullosa de mí misma por no haber caído presa del pánico. Había levantado las manos y le había preguntado: «¿Llevas balas de plata?». Me miró, después miró el rifle, y frunció el ceño enfadado. La siguiente vez que fui a la tienda, me dijo: «Esta vez sí tengo plata».

Fui hacia las estanterías junto a las que se encontraba Alice, donde Joe y su rifle no pudieran verme tan fácilmente.

—Lo siento —dijo la mujer. Estaba colocando latas de sopa—. Uno de estos días voy a esconderle esa cosa. Si llamas antes de venir, puedo inventarme algún encargo para que se vaya de aquí.

—No te preocupes. Mientras no haga nada amenazador, estoy a salvo, ¿no? —Tampoco es que por lo general la gente me viera, una chica rubia de veintitantos años, y pensara «mujer lobo sedienta de sangre».

Puso los ojos en blanco.

—Como si pudieras hacer algo amenazador. Ese hombre vive en su mundo, te lo digo yo.

Sí, el tipo de mundo donde los tenderos guardaban rifles bajo sus mostradores mientras sus mujeres colocaban cristales sanadores en la parte superior de la caja registradora. También tenía una cruz clavada encima de la puerta de la tienda y más cristales colgando de las ventanas.

Supongo que cada uno tiene su modo de protegerse.

Todavía no tenía muy claro si la licantropía no les molestaba a algunas personas o es que simplemente se negaban a creérselo. Mucho me temía que ese era el caso de Alice. Y el de mi madre, para quien aquello era más bien una especie de club al que me había unido. Tras las noches de luna llena me decía algo parecido a: «¿Te lo has pasado bien esta noche, cielo?».

Toda una vida de incredulidad no era fácil de superar.

—¿Cómo podéis seguir casados?

Me miró de reojo, esbozó una sonrisa irónica y no respondió. Sus ojos, sin embargo, resplandecieron. Vale, mejor no seguir preguntando.

Alice apuntó mi compra mientras Joe seguía mirándome con su rifle. No me quedó otra que pensar en mí misma como una embajadora de buena voluntad: no hagas movimientos bruscos, no digas nada insidioso. Intenta demostrarle que porque seas un monstruo no quiere decir que seas... bueno, un monstruo.

Pagué y Alice me pasó la bolsa de papel marrón.

—Gracias —dije.

—No hay de qué. Llama si necesitas cualquier cosa.

Mi despreocupación no fue más allá. No podía darles la espalda a Joe y a su rifle, así que retrocedí hacia la puerta, al llegar a ella tanteé hasta encontrar el pomo y salí. Las campanillas resonaron.

La puerta estaba cerrándose tras de mí cuando oí a Alice decir:

—¡Joe, por el amor de Dios! ¡Guarda eso!

Oh, sí, la vida en una pequeña comunidad. No hay nada igual.



La mitad delantera de mi cabaña constaba de salón y cocina, mientras que una habitación y un baño conformaban la mitad posterior. Solo una parte de la pared separaba las dos mitades, de manera tal que todo el lugar tenía acceso a la única fuente de calor de la cabaña: una estufa por combustión de madera. El calentador del agua funcionaba con propano y el resto con electricidad. Tenía siempre encendida la estufa para mantener a raya el invierno. A esa altitud no estaba aislada por la nieve, pero aun así hacía mucho frío, sobre todo por la noche.

En el salón se encontraba mi escritorio, una mesa pequeña en la que tenía mi portátil y algunos libros: un diccionario, un ejemplar de *Walden* con las esquinas dobladas... Debajo del escritorio había colocado un par de cajas con más libros y cedés. Había pasado toda mi vida adulta trabajando en la radio, tenía que hacer algo para acallar el silencio. El escritorio estaba delante de una ventana grande que daba al porche y al claro donde aparcaba mi coche. Tras este, los árboles y la tierra pardusca ascendían por la colina hasta el cielo azul.

Había pasado muchas horas en aquel escritorio, contemplando por la ventana el paisaje. Al menos debería haber puesto algún empeño en encontrar un lugar con buenas vistas a la montaña para ocupar así mis largos periodos de indecisión.

Cuando, con la puesta del sol, el cielo adquirió un tono azul marino y a continuación se sumió en la oscuridad, supe que había desperdiciado otro día y no había escrito ni una sola palabra decente.

Pero era sábado, y tenía otros entretenimientos. Ya tarde, cerca de la medianoche, encendí la radio. Era el momento de escuchar *Ariel, sacerdotisa de la noche*. Me acurruqué en el sofá con una almohada mullida y una cerveza.

La página web del programa era de color negro con letras en rojo «manzana de caramelo» y una foto enorme de Ariel. Parecía bastante joven, quizá de mi edad, veintitantos. Tenía la piel muy blanca, un rostro suave y pálido como la porcelana, cabello teñido de negro que le caía en fastuosos rizos por hombros y espalda y delineador negro que enmarcaba unos brillantes ojos azules. Ese azul... tenían que ser lentillas. Parecía encontrarse en un estudio de radio, pero por algún motivo la mesa que tenía delante estaba cubierta con terciopelo rojo. Ella estaba tendida sugerentemente sobre el terciopelo y su vestido de satén negro mostraba un generoso escote. Se inclinaba sobre el micrófono como si fuera a lamerlo. Llevaba una cadena con una estrella de cinco puntas, pendientes con un anillo de plata y un aro de estrás en la nariz. Iconos animados de murciélagos batían sus alas en las cuatro esquinas de la página.

Y por si eso no fuera suficiente para sacarme de mis casillas, la música de la cabecera del programa era *Bela Lugosi's Dead* de Bauhaus.

Tras los primeros versos de la canción, la propia Ariel entraba en directo. Tenía la voz queda y seductora, tan sensual como cualquier mujer fatal del cine negro desearía.

—Saludos, mis queridas almas errantes de la oscuridad. Es hora de apartar el velo que separa nuestros mundos. Dejad que yo, Ariel, la sacerdotisa de la noche, os sirva de guía para explorar los secretos, los misterios y las sombras de lo desconocido.

*Oh, venga ya.*

—Vampiros —prosiguió, alargando la palabra, pronunciándola con un fingido acento británico—. ¿Son víctimas de una enfermedad, tal como algunos expertos quieren que creamos? ¿O han sido escogidos como embajadores imperecederos del pasado? ¿Es su inmortalidad una mera anomalía biológica o se trata de una llamada mística?

»Tengo conmigo en el estudio a un invitado muy especial. Ha aceptado salir de su sanctasanctorum para hablar con nosotros esta noche. Gustaf es el señor de los vampiros de una importante ciudad estadounidense. Me ha pedido que no diga de cuál se trata, para proteger su seguridad.

Pues claro que no iba a decir cuál.

Hice un leve mohín. Nunca había conseguido tener de invitado a un amo vampiro en mi programa. Si es que ese tal Gustaf era realmente un amo. Si es que era realmente un vampiro.

—Gustaf, gracias por venir aquí esta noche.

—El gusto es mío. —El vampiro tenía una voz queda y melódica. Parecía que fuese a romper a reír por una broma que no pensaba contar. Muy misterioso.

—Mmm, supongo que sí —susurró Ariel—. Dinos, Gustaf, ¿cuándo te convertiste en vampiro?

—En el año 1438. En los Países Bajos. Lo que la gente conoce como Holanda hoy en día. Una época y un lugar muy buenos para vivir. Tanto comercio, arte, música... tanta vida. Yo era un hombre joven, lleno de proyectos y felicidad. Entonces... la conocí.

Ah, ella. La típica mujer misteriosa del lado oscuro. Exquisita y más inteligente y sofisticada que cualquier mujer que hubiera conocido antes. Más brillante, más atractiva, más todo. Quedó prendado de ella, etc., etc., y ahí estaba él, unos seiscientos años después, y durante todo ese tiempo habían jugado a una seducción y un caos que parecían sacados de una novela romántica.

Menuda historia de terror y suspense. Allí, sola, en una cabaña en las montañas, con el fuego encendido y el viento del exterior soplando por entre los pinos, debería estar muerta de miedo.

Oh, cómo me gustaría darle a Ariel un buen susto.

Eso me dio una idea. Una idea muy mala.

Saqué el móvil del cajón del escritorio. Marqué el número que la voz exasperante de la locutora había grabado a fuego en mi memoria.

—Está usted llamando a *Ariel, sacerdotisa de la noche* —dijo un hombre. Un hombre con una voz normal y corriente, nada misteriosa.

—Hola —dije. Oh, Dios, el teléfono no estaba comunicando. Estaba hablando con alguien. ¿Iba a hablar de verdad en el programa?

—¿Podría decirme primero su nombre y desde dónde llama?

Mierda, no lo había pensado de antemano.

—Mmm. Sí, esto... Soy... Sue. Y llamo desde... Albuquerque.

—¿Y de qué quería hablar?

¿Que de qué quería hablar? Me quedé petrificada. ¿Era eso lo que le pasaba a la gente cuando llamaba a mi programa? Menos mal que mi boca tomó las riendas.

—Me gustaría hablar con Ariel sobre el miedo —dije.

—¿Tiene miedo de los vampiros? —preguntó el hombre.

—Sí.

—De acuerdo, baje el volumen de la radio y manténgase a la espera. Mierda. Mierda, mierda. Bajé la radio.

En vez de la típica música de espera, la línea telefónica conectaba con el programa de Ariel para que no pudiera perderme nada.

Gustaf estaba hablando de la inherente y desinteresada nobleza que el vampirismo confería a sus víctimas.

—Uno empieza a sentir cierta responsabilidad para con los humanos. Nosotros los vampiros somos seres más poderosos, claro está. Pero dependemos de los humanos para sobrevivir. Al igual que la humanidad ha aprendido que no puede destruir las selvas tropicales o los océanos sin consecuencias, nosotros no podemos gobernar a la humanidad con impunidad. Algo de lo que sin duda seríamos capaces si fuéramos seres carentes de escrúpulos.

¿Así que la gente era poco más que un puñado de simios en peligro de extinción? ¿Era eso? No, los vampiros jamás dominarían el mundo porque estaban demasiado ocupados mirándose el ombligo.

Finalmente Ariel anunció lo que estaba esperando:

—Muy bien, mis oyentes, voy a abrir las líneas para atender vuestras llamadas. ¿Tenéis alguna pregunta o comentario que hacerle a Gustaf? Esta es vuestra oportunidad.

Necesitaba desesperadamente que Ariel me pusiera en directo para poder decirle unas cuantas verdades a ese tipo. Pero cogió otra llamada. Una mujer entusiasta habló.

—Oh, Ariel, gracias, y Gustaf, muchas gracias por hablar con todos nosotros. No sabe cuánto significa oír hablar a alguien tan mayor y sabio como usted.

—Gracias, querida, el placer es mío —respondió este con gentileza.

—No entiendo por qué ustedes, me refiero a todos los vampiros, no se hacen más visibles. Han visto tantas cosas, tienen tanta experiencia. Podríamos aprender muchísimo de ustedes. Y creo que el mundo sería un lugar mejor si los vampiros estuvieran en posición de guiarnos...

Ariel la interrumpió:

—¿Estás diciendo, entonces, que crees que los vampiros serían unos buenos líderes mundiales?

—Por supuesto. Han visto nacer y caer naciones. Saben mejor que nadie qué funciona y qué no. Son los monarcas supremos.

Genial. Una monárquica tarada. Dios, lo que le diría a esa mujer si estuviera en mi programa...

Ariel era diplomática hasta la exasperación.

—Eres una mujer con valores tradicionales. Comprendo por qué los vampiros te atraen tanto.

»Puesto que en tu opinión el mundo sería un lugar mejor si los vampiros estuvieran al mando, ¿por qué no lo están? ¿Por qué no se hacen con el poder?

Gustaf rió, sin duda divertido, aunque de una manera condescendiente, indiferente.

—Oh, sin duda podríamos, si quisiéramos. Pero creo que infravaloran lo tímidos que somos los vampiros. No nos gusta ser el centro de atención.

*¡Ja!*

Ariel habló:

—Pasemos a la siguiente llamada. Hola, Sue, estás en directo.

Sue, esa era yo. Uau, lo conseguí. De nuevo en las ondas... en cierto modo. Ja. Allá vamos...

—Hola, Ariel. Muchas gracias por atender mi llamada. —Me conocía el guión. Sabía cómo parecer un admirador. Lo había escuchado lo suficiente desde el otro lado—. Gustaf, no creo que todos los vampiros sean tan sensibles y caritativos como das a entender. ¿De veras velan por las selvas tropicales, o son más bien pastores que engordan a sus ovejas antes de llevarlas al matadero?

Gustaf resopló levemente.

—Todos los vampiros hemos sido humanos. Los mejores jamás olvidan sus raíces.

Incluso aunque las hayan succionado hasta dejarlas secas...

—Pero si se otorga a los peores seres humanos el poder y la inmortalidad de un vampiro, ¿qué obtenemos? Un tercer Reich... eterno. ¿Sabéis por qué creo que los vampiros no han tomado el control del mundo?

Dios, parecía una estirada. Me desesperaba cuando gente así llamaba a mi programa. Refunfuñones sabelotodo.

—¿Por qué? —preguntó Ariel.

—Por teatralidad.

—¿Teatralidad? —repetió Ariel. Parecía divertida, algo que me irritó sobremanera.

—Sí, la teatralidad. Sus poses y pavoneos, sus interminables historias de romance y seducción cuando la realidad es que Gustaf probablemente fuera un pobre ingenuo al que se la metieron doblada. Coge todas esas puñaladas traperas y juegos de poder y autoridad que se dan cuando cualquier grupo de personas se reúne, multiplícalo por unos cuantos siglos y el resultado son personas que están demasiado ocupadas alimentando sus propios egos y sacando lustre a sus reputaciones como para encontrar la motivación para dominar el mundo.

Gustaf, distante, habló:

—¿Has conocido a algún vampiro?

—Conozco a un par —dije—. Y son individualistas, como todo el mundo. Razón por la que probablemente no se hayan hecho con el poder. No pueden ponerse de acuerdo en nada. ¿Estoy en lo cierto, Gustaf?

Ariel dijo:

—Sue, pareces un poco enfadada por todo esto. ¿A qué se debe?

No me esperaba que me hiciera una pregunta. Más bien imaginaba que pasaría a la siguiente llamada. Pero no, estaba intentando sonsacarme. Ahora era yo la que tenía que decidir: ¿Respondía? ¿O colgaba? ¿Qué podría decir para que Ariel quedara como una idiota sin que yo también lo pareciera?

Fui entonces consciente de lo poco que me gustaba estar a ese lado del programa. Pero ya no podía pararlo.

—¿Enfadada? No estoy enfadada. Esto no es un enfado. Estoy siendo sarcástica.

—En serio —dijo Ariel, que se negaba a dejarlo correr—. Nuestra última oyente prácticamente adoraba a los vampiros. ¿Por qué estás tú tan enfadada?

Porque estaba atrapada en el bosque y no era culpa de nadie salvo mía. Porque en algún punto del camino había perdido el control de mi vida.

—Estoy cansada de los estereotipos —dije—. Estoy cansada de que tanta gente se trague esos estereotipos.

—Pero tú no les tienes miedo. Ese enfado no proviene del miedo.

—No —dije, molesta por lo vacilante que sonaba mi voz. Sabía muy bien lo peligrosos que podían ser los vampiros, especialmente si te encontrabas frente a frente con uno de ellos en una habitación a oscuras. Lo había vivido en primera persona. Olían a peligro. Y ahí estaba ella, promocionando a un vampiro como si fuera un maldito filántropo.



—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

De perder. Tenía miedo de perder. Ella tenía su programa y yo no. Se suponía que era yo la que hacía las preguntas difíciles. Lo que respondí fue:

—No tengo miedo de nada.

Y colgué.

Apagué la radio, y la cabaña se quedó en absoluto silencio. Una parte de mí quería volver a encender la radio para oír lo que Ariel había dicho sobre mi repentina marcha (o más bien la de Sue) además de lo que Gustaf tenía que decir acerca de la nobleza inherente de los vampiros. En una muestra de sabiduría poco habitual en mí, seguí con la radio apagada. Ariel y Gustaf podían apañárselas consigo mismos.

Fui a tirar el móvil, pero, sorprendentemente, me contuve. Estaba demasiado cansada como para lanzarlo.

Miedo. ¿Quién era ella para acusarme de tener miedo? La que sí tenía un programa de radio era ella.

No podía dormir. Una parte de mí se estremecía de júbilo por el poderoso golpe que había infligido a la competencia. Ejem... Poderoso golpe, ¿o más bien una broma insignificante? Me había comportado como una cría, tirando piedras a la vieja casa encantada. Ni siquiera había alterado el ritmo del programa. La próxima vez lo haría mejor.

Lo cierto era que mi vida se había reducido a llamadas cascarrabias seguidas de periodos de insomnio.

*Correr. Deja que eche a correr.*

La inquietud se convirtió en necesidad. Mi lobo estaba despierto y no había manera de calmarlo. *Vamos, vamos...*

No.

Esto era lo que ocurría: no podía dormir y el bosque me llamaba. Correr a cuatro patas durante un par de horas me dejaría agotada hasta hacerme dormir profundamente. Y me despertaría desnuda en el bosque, reprochándome haber permitido que ocurriera de nuevo. Yo tenía la última palabra, no mi otro yo.

Dormía en camiseta de tirantes y ropa interior. Había mucha sequedad en el aire con el calor y el olor de las cenizas de la estufa. No tenía frío, pero me acurrugué bajo las mantas y me las subí hasta el cuello. Me puse una almohada encima de la cara. Tenía que conseguir dormir.

Puede que incluso lo lograra durante un minuto o dos. Puede incluso que soñara, pero no recuerdo qué. Sí que recuerdo moverme entre un tejido de algodón, intentando abrirme camino en una maraña de fibras, porque algo no iba bien, un olor en el aire, un ruido que no debería estar allí. Además del viento golpeando los árboles y la madera seca crepitando en la estufa, oí algo más... un crujido de hojas, pisadas.

Soñé con las pisadas de un lobo trotando sobre las hojas muertas del suelo del bosque. Está cazando y es muy bueno. Se halla prácticamente encima del conejo antes casi de que este salga corriendo. Solo consigue dar una zancada y el lobo se abalanza sobre él, lo muerde y este grita herido de muerte...

El alarido del conejo fue horrible, agudo, desgarrador, un chirrido similar al silbido de una tetera que jamás debería haber salido de tan adorable criatura.

Me desperté con el corazón latiéndome a toda velocidad y los nervios a flor de piel.

El ruido había durado tan solo un segundo y a continuación se había hecho el silencio. Provenía del exterior de mi puerta. Contuve la respiración y escuché: el viento en los árboles, el crepitar de las ascuas en la estufa.

Eché para atrás las mantas y me levanté de la cama.

Moviéndome con cautela, descalza sobre el suelo de madera, fui a la mitad delantera de la casa. Mi corazón no se calmaba. *Quizá tengamos que echar a correr, quizá tengamos que luchar.* Cerré los puños al notar la inminente presencia de mis garras. Si fuera necesario, me transformaría en lobo. Lucharía.

Miré por la ventana en busca de algún movimiento en el exterior, de sombras. Solo vi los árboles alrededor del claro, formas oscuras recortadas a la plateada luz de la luna. Respiré despacio con la esperanza de percibir el peligro, pero el olor de la estufa tapaba todo.

Toqué el pomo de la puerta. Debería esperar hasta mañana. Debería esperar a que fuera de día. Pero algo había gritado en el porche. A lo mejor lo había soñado.

Abrí la puerta.

Ahí estaba, en el suelo, justo delante de mí. El hedor a sangre y bilis me golpeó con fuerza. Olía como si lo hubieran destripado. El conejo yacía extendido, con la cabeza hacia atrás y el pelaje del cuello y el

vientre oscurecido, apelmazado y desgarrado. A juzgar por la hediondez, tenía que estar en un charco de sangre. Ni siquiera olía al conejo, solo a tripas y muerte.

Mi nariz se estremeció y mis fosas nasales se dilataron. Yo, mi lobo, podía oler la sangre, la sangre densa de un animal que había muerto a causa de unas heridas profundas. Sabía cómo olía porque yo había infligido ese tipo de heridas en algunos conejos. La sangre estaba allí, no solo en el conejo.

Abrí la puerta un poco más y miré a mi alrededor.

Alguien había pintado una cruz con sangre en la cara exterior de mi puerta.



No volví a la cama. Puse un par de troncos más en la estufa, aticé el fuego hasta avivarlo de nuevo, me tapé con una manta y me acurrugué en el sofá. No sabía qué me preocupaba más: que alguien hubiera pintado una cruz con sangre en mi puerta o que no tuviera ni idea de quién lo había hecho. No había visto ni oído nada tras el grito mortal del conejo, ni tampoco había olido nada más allá de un leve aroma a menta. Es más, no recordaba si había soñado el alarido del conejo o lo había oído de verdad. Si había sido real y se había metido en mi sueño o si había sido mi subconsciente el que se lo había inventado. Fuera como fuese, alguien había matado al conejo, esparcido su sangre en la puerta y luego se había esfumado.

Con la llegada del día, llamé a la policía.

Dos horas después me hallaba sentada de piernas cruzadas en el porche (en el lado más alejado, todo lo lejos del conejo que podía), observando cómo el sheriff del condado y uno de sus ayudantes examinaban la puerta, el porche, el conejo muerto y el claro. El sheriff Avery Marks era un hombre de mediana edad y gesto cansado, con cabello marrón ralo y uniforme impecable bajo una enorme parka. Su inspección consistió en permanecer de pie en el porche, contemplar la puerta durante unos cinco minutos, a continuación acudillarse junto al conejo y contemplarlo durante otros cinco minutos y después bajar al claro, con las manos en las caderas, y observar todo el conjunto cerca de diez minutos más. Su ayudante, un tipo barbudo metido en la treintena, deambulaba alrededor de la cabaña y el claro escudriñando el terreno, haciendo fotografías y tomando notas en una libreta.

—¿No oyó nada? —preguntó Marks por tercera vez.

—Me pareció oír cómo el conejo gritaba —dije—. Pero seguía dormida. O medio dormida. La verdad es que no lo recuerdo.

—¿Está diciendo que no recuerda si oyó algo? —Parecía frustrado con mis respuestas, y no podía culparlo.

—Me pareció oír algo.

—¿Sobre qué hora ocurrió?

—No lo sé. No miré el reloj.

Asintió conforme. No tenía ni idea de qué información podía haberle proporcionado.

—Esto parece una especie de broma.

¿Una broma? No tenía ninguna gracia. Ninguna.

—¿Por qué alguien iba a pensar que es divertido?

—Señorita Norville, no me gusta tener que decir esto, pero usted es lo suficientemente conocida como para ser objeto de algo así.

¿En serio?

—Entonces, ¿qué va a hacer al respecto?

—Mantenga los ojos bien abiertos. Si ve algo sospechoso, si ve a alguien caminando por aquí, hágamelo saber.

—¿Piensa hacer algo?

Me miró y me obsequió con ese gesto de condescendencia que los expertos se reservan para los poco entendidos.

—Preguntaré por la zona, haré algunas averiguaciones. Esta es una comunidad muy pequeña. Algo aparecerá. —Se volvió hacia el ayudante—. Oye, Ted, asegúrate de tomar fotos de esas marcas de neumáticos. —Estaba señalando a las que llevaban hasta mi coche.

Aquel hombre no me inspiraba mucha confianza.

—¿Cómo... cómo se supone que voy a limpiar todo esto? —pregunté. Menos mal que era invierno. El olor así no era muy penetrante y tampoco había moscas.

Se encogió de hombros.

—¿Con una manguera? ¿Enterrando al conejo?

Era como hablar con una pared.

Mi móvil, que había dejado dentro de casa, sonó. Lo oí desde el porche.

—Lo siento, debería cogerlo.

—Hágalo. Nos pondremos en contacto con usted si averiguamos algo. —Marks y su ayudante fueron hacia su coche, dejándome sola con aquella carnicería. Me sentí extrañamente aliviada por su inminente marcha.

Esquivé el conejo y crucé la puerta sin pisar la sangre. Cogí el teléfono. Era mi madre. Su llamada de cada semana. Podría haber escogido un momento mejor. Sin embargo, necesitaba oír su voz.

—Hola —dije. Mi voz sonó lastimera. Mi madre sabría que algo no iba bien.

—Hola, Kitty. Soy mamá. ¿Cómo estás?

Si le contaba lo que había ocurrido, se horrorizaría. Y luego me exigiría que fuera con ella y mi padre, donde estaría a salvo, a pesar de saber que no podía hacer eso. Había tenido que explicárselo cerca de un millón de veces cuando le dije el mes anterior que no iba a ir a casa por Navidad. No tenía elección: la manada de Denver me había desterrado. Si regresaba y se enteraban, no me dejarían marchar de nuevo. No sin oponer resistencia. Pelea. Aun así mi madre no lo dejaba estar.

—Estamos en Aurora —me decía—. Aurora no es Denver, estoy segura de que lo entenderán.

Técnicamente tenía razón, Aurora estaba a las afueras, pero en lo que a la manada respectaba, Denver era todo lo que estuviera dentro de un radio de ciento cincuenta kilómetros.

Tendría que omitir ciertas cosas. Sin mentir de manera descarada. Mierda.

—Oh, he estado mejor.

—¿Qué ocurre?

—El libro no va todo lo bien que me gustaría. Estoy empezando a pensar que venir aquí para alejarme de todo ha sido un error.

—Si necesitas un sitio al que ir, siempre puedes quedarte aquí el tiempo que necesites.

Allá vamos otra vez...

—No, estoy bien. Quizá tan solo sea un mal día. —¿Mala semana? ¿Mal mes?

—¿Cómo va lo demás? ¿Has ido a esquiar?

No tenía nada de qué hablar. Nada que no me hiciera ponerme histérica, al menos.

—No, la verdad es que no me había planteado ir a esquiar. Todo va bien, sí. ¿Y tú? ¿Cómo están todos?

Y mi madre procedió a contarme los cotilleos familiares. «Todos» incluía a mi madre, mi padre, mi hermana mayor Cheryl, su marido y sus dos hijos; el típico retrato familiar de los barrios residenciales.

Los temas de conversación comprendían la oficina, partidos de tenis, primeros pasos, primeras palabras, quién había ido a cenar adónde, qué primos se estaban metiendo en qué líos, y cuál de los tíos abuelos estaba en el hospital. La mitad de las veces me perdía. Pero sus conversaciones eran tan normales. Mamá parecía feliz, y mi ansiedad amainaba. Ella me mantenía con los pies en el suelo, en contacto con el mundo. Sí, podía haberme desterrado al bosque, pero seguía teniendo una familia y mi madre seguiría llamándome todos los domingos como un reloj.

Cuando la charla tocó a su fin, me hizo prometerle que tendría cuidado y que llamaría si necesitaba cualquier cosa. Así lo hice, como cada semana, independientemente del problema en el que estuviera metida o de lo que hubieran destripado en mi porche.

Después de la llamada me sentía algo mejor para abordar la situación.

Que cogiera la manguera, había dicho el sheriff Marks. Fui a coger un cubo de agua y un cepillo para frotar. Y una bolsa de basura.

Las noches siguientes fui incapaz de conciliar el sueño. Permanecía alerta, a la espera de pisadas o del sonido de otro animal siendo destripado en mi porche. La ansiedad estaba acabando conmigo.

La civilización humana resultaba menos atractiva cada día que pasaba. Durante las horas de luz, ni siquiera intenté escribir algunas páginas de mi autobiografía, ni llegué a encender el ordenador. Me sentaba en el sofá y me quedaba mirando la ventana. Podía salir y no regresar jamás. Sería sencillo.

En mitad de otra noche en vela, oí algo. Me incorporé con el corazón en un puño, preguntándome qué había ocurrido y qué iba a hacer al respecto. Pero no eran pisadas en el porche. Ni nada que gritara. Oí el crujido de la gravilla, el sonido de un vehículo acercándose a mi cabaña. Se me cerró la garganta. Quería gruñir. Alguien estaba invadiendo mi territorio.

Me levanté y miré por la ventana.

Un Jeep se acercaba al claro a demasiada velocidad, dando un ligero bandazo al detenerse en seco.

Con los brazos tensos y las garras (dedos) acechantes, fui hasta la puerta y la abrí lo justo para permanecer en el umbral y mirar. Si el intruso me retaba, podría hacerle frente.

Pero conocía ese Jeep y al hombre que abandonaba el asiento del conductor. Treinta y tantos años, con cabello castaño claro y bigote, cazadora de cuero, camiseta negra y vaqueros y un revólver en el cinturón. Cormac, el cazador de hombres lobo. Nunca lo había visto tan nervioso. Incluso desde donde estaba, podía ver que respiraba agitadamente y sudaba en exceso.

Se apoyó sobre el capó hasta colocarse en la parte delantera del Jeep y gritó:

—¡Norville! —Se alejó unos pasos del vehículo, mirándome (desafiándome, creyó mi lobo). Su voz era áspera—. Norville, ven. Necesito tu ayuda. —Señaló al todoterreno como si eso lo explicara todo.

No dije nada. Estaba demasiado estupefacta. Demasiado recelosa. Parecía que estuviera a punto de correr hacia mí, de atacar, de gritar. Sabía que podría matarme si quisiera. No me moví.

—Norville... Kitty. Dios, pero ¿qué es lo que te pasa?

Sacudí la cabeza. Estaba atrapada en un encantamiento lobuno. Todo aquello era muy extraño y no era capaz de sobreponerme. Con recelo, le pregunté:

—¿Qué es lo que te pasa a ti?

La angustia crispó sus rasgos.

—Es Ben. Le han mordido.

—¿Mordido? —La palabra me golpeó con fuerza en el estómago y un escalofrío me recorrió toda la espalda.

—Un hombre lobo —dijo, escupiendo la palabra—. Está infectado.